

po en vez del tiempo quieto. En esa evolución, el paso decisivo lo dá *Schrimpf* en pleno postexpresionismo. Ahora, cuando el pintor conquistó su terreno es justo que el odio mengüe, la lucha se apague y haya un intento de conciliación. Ya no es preciso que el tiempo corra en el cuadro porque se conoce que es tan de maravilla como el vaivén de los sucesos, poder dejar quieto un momento del tiempo que no deja de correr; ya puede volver a pintarse lo de fuera—valori plastici, naivismo, verismo—incluso lo humano—como en un nuevo Renacimiento—, pero ahora no como es, copiando punto a punto la realidad externa, pasando horas y horas ante el paisaje o mientras la figura posa. Ahora *Schrimpf*, por ejemplo, que pinta fuera de la naturaleza, sin modelo, quiere que el cuadro exprese la representación interior exclusivamente, pero que, sin embargo, tenga un sentido, un calor real. Así, hace bien *Franz Roh* en llamar al postexpresionismo realismo mágico, porque el autor pinta allí una realidad, pero no la realidad externa, sino su realidad íntima amasada con motivos afectivos e irracionales.

Si hay, pues, que destacar semejanzas entre la pintura moderna y el arte esquizofrénico habrá que señalar, desde luego, el parecido en los modos de expresión: la tendencia a la estilización, el hábito de cruzar líneas y planos con un sentido ornamental, más aún ese entrecrozar en el espacio temas que se suceden en el tiempo, robando para las artes plásticas lo que es esencia de las artes rítmicas; pero sobre todo, la huida de lo humano objetivo hacia la intimidad del pintor. *Ortega* había visto bien cuando aseguró que el arte entonces nuevo tenía un sentido social e impopular. Él destacaba que lo que conmueve a la gente de la

